

EL LIBERTADOR EN RUBIO*

Por TÚLIO CHIOSSONE

Evocación

Nada es tan grande como volver al pasado por rutas espirituales; nada hay comparable a la emoción de mirar en el presente, para vivir y regocijarse en él, todo el ambiente de un pueblo pleno de vida original donde los hombres que fueron y las cosas que han quedado constituyen un recuerdo de acción creadora que es patrimonio de belleza incomparable. Quien viene hoy a Rubio atraído por el esplendor de su pasado y por la brillantez de su presente, no habrá de sentir esa gran emoción ante este pueblo de vida recia y varonil, porque apenas podrá contemplar el panorama ciudadano, sus campos, sus aledaños pintorescos, los ríos que son su gloria y su agonía, los cerros rojos como atalayas que miran todos los caminos, pero sabrá muy poco de lo que se esconde en el corazón del pueblo humilde, y habrá de regresar pregonando que es ciudad limpia y hermosa, ciudad joven de la patria venezolana.

Después de treinta y seis años de ausencia vengo hoy a mi pueblo no como el visitante a que acabo de referirme, sino como el hijo que un día salió para formar su personalidad en las aulas del Liceo Simón Bolívar de San Cristóbal y después en la Universidad de Los Andes y hoy regresa, invitado por el Ilustre Concejo Municipal del Distrito Junín, para participar en la conmemoración del sesquicentenario de la muerte del Libertador y en la inauguración de su estatua ecuestre en la Plaza que lleva su nombre, hoy bellamente remodelada.

Fue en 1944, con motivo de la celebración del sesquicentenario de la fundación de esta ciudad, cuando el Concejo Municipal del Distrito Junín me otorgó el honor de pronunciar el discurso de orden en el acto de recibir el edificio destinado al Salón de Lectura, Institución ésta que debía marcar un hito en el desarrollo cultural de este pueblo e iniciar un paso de avance en sus anhelos de ser sede de estudios superiores dirigidos a la formación universitaria.

Todo lo que en la historia ha representado un valor, ha tenido también su exaltación; todo lo que exhibe contenido viviente y original, se perpetúa en el

* Discurso del Dr. Tulio Chiossone para la conmemoración del sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar e inauguración de su estatua ecuestre en la Plaza de la ciudad de Rubio, para lo cual fue designado orador de orden por el Ilustre Concejo Municipal del Distrito Junín. Por la circunstancia de haberse cambiado la fecha de dichos actos y la designación de otro orador, no pudo su autor pronunciar este Discurso.

619-627

corazón de las generaciones por la influencia de los hombres que han tenido el don de forjar para el futuro, y llevarla a páginas inolvidables, la esencia de la vida íntima de las colectividades. Rubio posee, por sobre su aspecto de ciudad apacible, una parte sentimental y caballeresca, ostenta un marcado acento de distinción que le da relieve y lo sitúa en el conjunto de los pueblos con personalidad propia y atractiva.

Dije en aquella oportunidad que “en el agitado ambiente comercial y en su matiz social de colectividad agrícola, grandes manifestaciones de cultura han caracterizado la evolución de nuestro pueblo”. Nadie podrá decir que el inmenso valle donde se fundó Rubio no es de los más vastos y ricos del país. La población diseminada en esos campos se formó robusta y sana; y la belleza del paisaje, la leyenda de los sitios, la fuerza de la naturaleza virgen, crearon en el hombre que tiene músculos ágiles y manos diestras, un fondo romántico y un espíritu caballeresco que lo hizo grande por el valor personal. El hombre que ayer venía a nuestros grandes mercados, caballero en famosa jaca, que usaba sombrero “peloegua-ma” de ancha ala, camisa de pechera almidonada, leontina de oro en la faja lustrosa que sostenía el pantalón, ese hombre sencillo, pulcro, temeroso de Dios y respetuoso de sus semejantes, fue puntal precioso para la formación espiritual y moral de nuestro pueblo.

De las cosas más pequeñas, de los detalles casi inadvertidos, nacen las grandes trayectorias, porque si en la vida humana un simple acontecimiento tuerce en veces la línea del destino, con mayor razón en la vida compleja de los pueblos los pequeños sucesos generan transformaciones impensadas. Desde que hubo habitantes en estos campos, el trabajo fue la virtud sobresaliente, pero también fue señalada virtud la preocupación por la superación espiritual.

No faltó nunca en Rubio, ni en épocas de tragedia un buen conjunto de colegios y escuelas. Recuerdo el contraste en el movimiento ciudadano en los días de grandes transacciones comerciales. En esta plaza principal en cuyo centro había un inmenso samán, la parvada escolar venía al mercado en busca de frutas y golosinas. Les recuerdo muy bien sus caras alegres, sus vestidos modestos pero limpios, sus alpargatas blancas con senojiles negros, sombreros de cogollo, y terciadas sobre el pecho, las busacas de dril para llevar la pizarra y el libro de Mantilla.

No obstante nuestra incomunicación con el resto del país, aquí florecieron hombres importantes en las ciencias y en las letras. No teníamos bibliotecas y apenas conocíamos, por nuestra proximidad e intercambio, los grandes poetas y escritores colombianos cuyas producciones, a la par de otras grandes figuras de las letras patrias se publicaban en “El Aldeano” y “El Andino”, dos semanarios que honran el periodismo tachirense y que fueron puntales de indiscutible cultura para Rubio.

No tuvo nuestro pueblo, como han tenido otros, cenáculo de hombres entregados al cultivo de las buenas letras, pero en los Jardines de Academus, que fueron sus campos, se creó el espíritu original y combativo que le ha hecho triunfar, hacerse sentir como pueblo de varones esclarecidos por el talento, la erudición o el valor; allí en ese diario contacto con la naturaleza y con la vida, agitados los hombres en medio de victorias y derrotas, nació ese sello de distinción especial para la creación de su propia cultura y superación espiritual.

Durante muchos años la vida de este pueblo sin contacto ni intercambio con los demás centros del país, porque enclavado en la montaña, sin vías de penetración, le era difícil competir en adelantos con otros pueblos de mayores posibilidades de comunicación. No obstante el aislamiento en que estuvo por acentuada centuria, el espíritu emprendedor de sus gentes le mantuvo a un nivel de superioridad, pues muy poco de lo que en el mundo representó progreso, aquí fue desconocido. Con inmensas dificultades para el transporte realizado a lomo de mula por caminos intransitables y peligrosos, Rubio tuvo lo mejor de los adelantos científicos e industriales con los cuales se enriquecía la humanidad. En sus haciendas famosas por la calidad y abundancia de los cultivos, se instalaron los mejores “ingenios”; carruajes lujosos rodaban por sus anchas calles de piedra; automóviles de las mejores manufacturas norteamericanas pusieron nota de pujanza en el propio corazón de estas montañas, y en las casas solariegas, en las casas de acaudalados, caballeros, no faltó el mueblaje del siglo XVIII, donde alternaban los tapices florentinos, las vajillas inglesas, las grandes lámparas de cristal de roca con el dorado al fuego de los marcos de cuadros famosos o de los esbeltos sillones del imperio.

He querido recordar estas palabras pronunciadas hace treinta y seis años, durante la conmemoración del sesquicentenario de la fundación de Rubio, para que las nuevas generaciones que hoy contemplan el progreso de su pueblo, acepten esta tradición grandiosa como el pedestal de la amplia cultura que hoy exhibe la ciudad y sienta el orgullo de pertenecer a una estirpe que puso las bases para el logro de los anhelos de superación.

Y es con ese bagaje de fuertes y excelsas tradiciones con que Rubio se apercebe para conmemorar el sesquicentenario de la muerte del Libertador y a perpetuar su figura heroica ataviada con su atuendo de guerrero invicto, sobre su indómito caballo que reencarnó a Bucéfalo en el ardor de las batallas y a Rocinante cuando en sus desgarrados lomos llevaba a quien quebrara lanzas para sanar los agravios de la esclavitud y los entuertos de la ambición y de la injusticia.

Más allá de la muerte

El 17 de diciembre de 1830 muere el Libertador en Santa Marta, en tierra hospitalaria de la Gran Colombia desmembrada, con la tristeza del proscrito y con el dolor de haber arado en el mar. Ya, en 1824, en Pativilca, había lanzado estas proféticas palabras: “Hasta ahora he combatido por la libertad; en adelante quiero combatir por mi gloria, aunque sea a costa de todo el mundo”. Y ese combate por la gloria que tuvo su máxima expresión en el desprendimiento del poder, es el que tiene su victoria definitiva en la muerte corporal, que, en Bolívar, es la marcha ascendente hacia la perennidad de su nombre. En su despedida dirigida a los colombianos —la Gran Colombia ya no existía—, les recordará sus amarguras: ME SEPARE DEL MANDO CUANDO ME PERSUADI QUE DESCONFIA-BAIS DE MI DESPRENDIMIENTO. MIS ENEMIGOS ABUSARON DE VUESTRA CREDULIDAD, Y HOLLARON LO QUE ME ES MAS SAGRADO: *mi reputación y mi amor a la libertad.*

Cuando medito sobre la lucha de Bolívar por su gloria, que según sus palabras consistía en “no mandar más y en no saber nada más que de sí mismo”, en-

cuentro magistral síntesis de ese estado espiritual en el siguiente pensamiento de Eugenio María de Hostos: “Deslumbrará más cuando mejor se le conozca. Se le conocerá bien no cuando se sepa lo que hizo, sino cuando penetrando en el fondo oceánico de su alma, se asista allí al ejemplar espectáculo de la lucha del deber con el querer”.

La muerte no es muerte cuando se deja, como dejó el Libertador, toda una doctrina política para el gobierno y perfeccionamiento democrático de sus propios conciudadanos y de los de toda la América por él libertada. Esos postulados lo mantienen vivo en el pensamiento y la acción de todos los hombres libres, aquellos que hoy no conciben la patria sin Bolívar, porque hay algunos, por fortuna muy pocos, quienes miran con indiferencia nuestras más puras y gloriosas tradiciones, las tradiciones que nos hacen grandes en el mundo y sin las cuales apenas seríamos un pobre país recién amanecido.

Es en el desprendimiento del poder donde los ductores de la República deben afianzar sus convicciones para que no se dé el espectáculo de un pueblo anarquizado, proclive al pesimismo, sin claro concepto de sus deberes constitucionales, inclinado a respaldar a quien mejores posibilidades le ofrezca para colmar soterradas ambiciones de lucro. Por eso es admonición permanente el siguiente pensamiento de Bolívar consignado en carta para Don Manuel Antonio Pulido, Gobernador de Barinas, de 13 de octubre de 1813: “Si un gobierno descendiera a contentar la ambición y la avaricia humana, pensad que no existirían pueblos que obedeciesen”. En esta frase del genio queda compendiada y explicada toda la crisis de la autoridad.

Han pasado ciento cincuenta años del día luctuoso en San Pedro Alejandrino. La Gran Colombia, la hija de su genio y su única preocupación, se disuelve y surgen tres Repúblicas independientes. A ellas, unidas en el génesis de la libertad de América, están las Repúblicas del Perú, Bolivia y Panamá. Son las seis hijas de su espada redentora. Hace ciento cincuenta años abrió para esas Repúblicas el alba de sus respectivas soberanías. La proclama de Bolívar moribundo fue la última de su vida corporal, pero la primera para la perennidad de su nombre porque es la síntesis de su obra y la permanente admonición para la felicidad de los pueblos en la paz y en la unidad: “Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Hoy se cumplen ciento cincuenta años de su muerte y es día para la reflexión y no para el lamento. Todos los sucesos dolorosos que amargaron su espíritu, hoy son episodios históricos. Todos nos enseñan que las pasiones políticas obnubilan y pervierten el corazón de los hombres y que sólo el tiempo nos enseña a rectificar errores y a reconocer y hasta exaltar la gloria de nuestros propios enemigos. Las imputaciones difamatorias que se lanzaron desde el augusto seno del Congreso Constituyente de 1830 contra la persona y la obra del Libertador, se tornaron en extraordinaria apoteosis, después de doce años en 1842, cuando los mismos que habían denigrado de él abrieron a sus restos mortales las puertas de la tierra natal.

Es indiscutible que en el transcurso de estos ciento cincuenta años, Venezuela ha ido adquiriendo con lentitud la consolidación de su existencia como país libre y soberano. Es en este período cuando es necesario analizar su evolución hacia las formas superiores de la autonomía, pues aunque la existencia de Venezuela debemos contarla desde 1777 cuando el monarca Carlos III nos separó de la Nueva Granada,

es sólo a partir de 1830 cuando toma la categoría de República autónoma, independiente y soberana, con todos los atributos que le había dado la lucha por la independencia, al separarse como país miembro de la Gran Colombia.

En estos ciento cincuenta años a partir de la muerte del Libertador, cuyo sesquicentenario hoy conmemoramos, el pueblo de Venezuela ha presenciado las cruentas luchas por el Poder, ha sufrido las dolorosas alternativas entre la democracia y la tiranía, y ha visto como, apartándose de los postulados del ideario político del Libertador, no ha podido llegar a la cima de su desarrollo en todos los órdenes, porque la ambición de mando propició una gigantesca proliferación del caudillismo militar y civil, el cual con la demagogia de los fusiles los unos, y con la demagogia de los votos los otros, han retardado la consolidación de los grandes principios ductores de la estabilidad política y social, pues son éstos los que deciden la educación del pueblo para la práctica de sus deberes y para el absoluto respeto de las leyes, únicos fundamentos de la definitiva y permanente estabilidad política.

En el ideario político de Bolívar, que ha de ser como nuestro breviario íntimo, están los siguientes principios que hoy quiero repetir para que se medite si en ciento cincuenta años le hemos otorgado al Libertador el homenaje cumpliéndolos y realizándolos. “En el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política”. “Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud, que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más flexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad”. “Si no hay respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo; es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo”. “La seguridad personal es el fin de la sociedad, y de la cual emanan las demás”. “La corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de los delitos”. “Más en el día en que todos hablan de sus derechos y ninguno de sus deberes, los vínculos sociales se han relajado, los vicios y los crímenes se han multiplicado”. “La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la administración de la justicia y en el cumplimiento de las leyes, para que el justo y el débil no teman, y el mérito y la virtud sean recompensados”.

Y este último que debería escribirse con letras de oro en los monumentos que se levantan a su gloriosa memoria: “El crimen de todos los partidos es igualmente odioso y condenable: hagamos triunfar la justicia y triunfará la libertad”.

El recuerdo de estos principios bolivarianos que acabo de enunciar, es el mejor homenaje en este día en que se cumple el sesquicentenario de su muerte. Estos principios pertenecen a la parte universal del pensamiento bolivariano, que es la imperecedera, la que debe servir de guía en cualquier época de la República. Es la parte que debe conocer la juventud que gobierna o que aspira a gobernar en el futuro.

Para concluir este aspecto de mi discurso quiero referirme a la juventud venezolana, y especialmente a la de mi pueblo, porque ella está siempre presente y es la expresión más hermosa de la vida humana. La libertad y la justicia dentro del terri-

torio que nos legó la tradición, son columnas que sostienen la patria. Ellas han sido la obra permanente de la juventud venezolana, unas veces iluminada por el impulso creador, y otras asesorada por la experiencia de quienes maduraron en las jornadas del pensamiento y de la acción. La humanidad es siempre joven. El futuro es un constante e ininterrumpido presente, porque el tiempo es estático. El pasado es siempre gloria de la juventud, porque es su obra. La senectud es sólo un ocaso biológico que nos permite contemplar lo que realizamos cuando jóvenes y medir su trascendencia o mediocridad. Por eso es que la Patria ha sido y es eternamente joven.

Ayer y hoy la juventud ha sido el soporte de la Patria. Simón Bolívar, el Libertador, frisaba con los treinta años cuando realizó la campaña admirable y había lanzado a la América el Manifiesto de Cartagena y la Carta de Jamaica. Fue a esa edad proclamado Libertador en Mérida y ratificado en Caracas. Antonio José de Sucre a los 29 años de edad se llena de gloria definitiva en la Batalla que selló la independencia de Suramérica y recibe el título de Gran Mariscal de Ayacucho. Olvidamos acaso la juventud de Francisco de Miranda porque su acción como precursor de la independencia fue obra de la madurez? No podemos olvidarlo. A los 22 años de edad era ya oficial del Ejército español. Toda su juventud la emplea en preparar la libertad de su patria. Y así, todos los héroes civiles y militares que acompañaron al Libertador en la portentosa obra de la independencia y de la libertad.

Don Gervasio Rubio, para el año de 1794 frisaba con los treinta y tres años. Precisamente en esa fecha fundaba esta ciudad en lo que fue hacienda denominada La Yeguera cuyo anterior propietario fue Don Diego de Omaña y Rivadeneira uno de los gentiles hombres de la Villa de San Antonio. La Patria toda fue la obra de una juventud indómita, la juventud que como Cincinato araba los predios y creaba fuentes de riqueza o empuñaba las armas para crear la República y coronarla con la gloria de la libertad.

No es el ser jóvenes un privilegio excepcional, porque es sólo una parte de la vida por la que todos pasamos, y es, como dijo el poeta "divino tesoro que te vas para no volver". Por eso, la juventud no debe envanecerse por el sólo hecho de ser jóvenes; de lo que deben envanecerse es de su capacidad, de su preparación, de su conocimiento de la historia para comprender mejor la sociedad a que pertenece, de su eficacia en el manejo de la cosa pública, de su culto por la tradición viviente en la cual finca la patria la razón de su existencia, de su respeto por las leyes y las instituciones, a fin de que la patria envejezca en hechos trascendentales y perdurables, pero no en el espíritu y en el empuje de sus generaciones.

A las juventudes de hoy, de mañana y de siempre corresponde mantener vivo y firme el claro concepto de la patria; trabajar por su progresiva superación y grandeza a fin de que, como albaceas perennes del Libertador, haga una realidad aquella magnífica profecía: "Ya la veo sentada sobre el Trono de la Libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada de gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno".

Son estas mis palabras recordatorias del hombre extraordinario, del Padre de la Patria, cuya personalidad se sintetiza en el conocido elogio de José Enrique Rodó: "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande para magnificar la

parte impura que cabe en el alma de los grandes; y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte la trágica expiación de la grandeza”.

Caballero eterno

Hoy estamos frente al caballero eterno, siempre a horcajadas sobre su caballo corvetero. Así llega hoy a Rubio en actitud triunfante, la misma que exteriorizó el 1º de marzo de 1813 en su vibrante proclama en la Villa de San Antonio, primada de la libertad. No exhibe la espada redentora ni saluda con su bicornio de guerrero, sino levanta los brazos en actitud de alegría, de triunfo, de amor al pisar tierra venezolana.

Aquí tiene Rubio al Libertador simbolizado en su gallarda estatua ecuestre que lo representa con la alegría que retozaba en su espíritu al pisar tierra venezolana, esta misma tierra que le ha hecho un pedestal para que las generaciones lo admiren, lo veneren y sea permanente ejemplo de los más elevados ideales para el progreso de la patria. El pueblo de Rubio siempre ha amado y reverenciado a su Libertador. Ayer, por suscripción popular, sin intervención de ningún organismo oficial, en el año de 1930 se remodela esta plaza y se coloca su estatua que lo simbolizaba de pies, con su toga y con su espada, que fueron los dos puntales de su gigantesca obra militar y política. La antigua plaza, la que tantas veces visitamos cuando niños para corretear por su sabana con la muchachada del pueblo, para ir al magnífico mercado de los sábados y comprar golosinas o para asistir a las corridas de toros con que anualmente se celebraba el día de Santa Bárbara, su patrona; esa antigua plaza en cuyo centro había un inmenso samán sembrado por la cariñosa mano de Don Eliodoro Rodríguez, cuya honorable figura no se ha borrado de mi mente, es hoy un precioso parque, moderno y acogedor, en cuyo centro, precisamente en donde extendía sus amplias ramazones el magnífico samán, se levanta esta estatua ecuestre que un hijo de este pueblo, expresidente de la República, decretara, y que el doctor Luis Herrera Campíns, Presidente de la República, inaugura hoy junto con el conjunto arquitectónico que la rodea.

Que las manos en alto del Libertador simbolicen siempre la alegría de la libertad, y nunca se tornen en expresión desesperada ante las angustias de la patria.

Con los brazos en alto, que es expresión de victoria, nos parece oír de sus labios, con voz emocionada, aquellas palabras de su primera proclama en tierra venezolana: “vosotros tenéis la dicha de ser los primeros que levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os abrumaba con mayor crueldad, porque defendísteis en vuestros propios hogares vuestros sagrados derechos”.

Para el momento en que el Libertador llega a la Villa de San Antonio, apenas 19 años se contaban en la existencia de Rubio, pero como entidad viviente de la Provincia de Mérida, lo mismo que todos los pueblos que hoy forman el Estado Táchira, fueron conmovidos por la palabra de Bolívar y se alistaron en el Ejército de Cartagena y de la Unión para marchar con él por la senda de la victoria y de la libertad, hasta Caracas.

Imagino a los habitantes de la naciente población de Rubio, tan cercana a la Villa de San Antonio, celebrar con inusitada alegría la presencia de Bolívar. Posiblemente muchos acudieron por la curiosidad natural de conocer al joven héroe

de la libertad, porque la noticia llegara en boca de algún heraldo voluntario que solícito trotó sobre las Lomas del Viento.

Investido con el grado de Brigadier, Bolívar emprende desde su Cuartel General de Cúcuta la Campaña Admirable. Llega a La Grita después de haber pasado por San Cristóbal, y allí nombra alcaldes a Don Bernabé García y a Don José Antonio Guerrero Rosales. Seguirá triunfalmente a Mérida donde por primera vez es aclamado Libertador, y se bendicen las primeras banderas de la República, en el templo de San Francisco hoy destruido por manos que vieron mejor la grotesca expansión económica que la conservación de los sagrados monumentos de la República.

Rubio y todos los pueblos y Villas del Táchira pertenecían a la Provincia de Mérida, y por lo tanto, la iniciación de la Campaña Admirable, y su consagración como Libertador, nos pertenece también, y es nuestra gloria. A falta de documentos históricos, la imaginación suple lo relacionado con la ruta seguida por el Libertador, y con muchos de los aspectos de su actuación por la senda de los Andes nublados y altaneros.

¿Cuál fue el camino que siguió desde San Antonio a San Cristóbal y La Grita? ¿Fue acaso la misma ruta de Juan Rodríguez Suárez y Juan Maldonado cuando buscando el emporio de Cania pasaron por el dominio de los Carapos, de los Quini-maríes y los Asuas hasta llegar al Valle de Santiago donde se fundó a San Cristóbal? Posiblemente así fue, y si así hubiese sido, pasó por Rubio cuando empezaba a levantarse por el esfuerzo de Don Gervasio.

Plegaria amorosa

La generosa designación que el Ilustre Concejo Municipal del Distrito Junín ha hecho en mi persona para pronunciar la oración de orden en este día de profunda meditación y de inmensa trascendencia, la he recibido como el más expresivo y cálido homenaje que se me haya podido ofrecer como modesto servidor de la República y como hijo de este pueblo.

Cuando este Ilustre Concejo Municipal me designó como orador de orden para recibir el Salón de Lectura construido por el Gobierno del Estado, con motivo del sesquicentenario de la fundación de Rubio, me fue grato augurar que con esa institución cultural se reabría para mi pueblo una etapa de progreso intelectual, ya que ese Salón de Lectura abría sus puertas como el Palacio del Libro, que es luz de las generaciones.

Han transcurrido treinta y seis años desde esa fecha sesquicentaria y hoy Rubio ostenta un puesto excepcional en el conjunto de los pueblos cultos y puede aspirar, con firmes títulos, a ser un centro de cultura superior para que sus jóvenes generaciones se formen en aulas universitarias con escuelas humanísticas, y sobre todo, para conservar su tradición de centro económico con escuelas tecnológicas que marquen un rumbo definitivo en el fomento de la producción.

Dijo el Libertador que “el progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica, y la rectitud del espíritu es el que ensancha el progreso de las luces”. Al escogerse el 17 de diciembre de 1980, sesquicentenario de la muerte corporal del Padre de la Patria para inaugurar en la Plaza Principal su estatua

ecuestre, se ha realizado para Rubio uno de los actos señeros que marca un hito más en el proceso de su superación.

Anhelo para mi pueblo el progreso de las luces para que se ensanche el progreso de la práctica que desde el pasado viene elevándolo para situarse en punto cardinal de la República, y que la rectitud de su espíritu cívico, que ha sido bastión contra todas las usurpaciones, se mantenga incólume para que así se ensanche el progreso de las luces.

Esta es mi plegaria amorosa que está más allá de la muerte, porque ha de vibrar siempre en el corazón de los hijos de este pueblo, de este pueblo que ha sido brazo y espíritu de la nacionalidad, atalaya donde se otean caminos de superación, centinela firme en la frontera de la República para tender la mano fraternal cuando también es fraternal la mano, o para cantar gloria al bravo pueblo frente a la desconsiderada ambición.

Rubio no nació bajo el signo de la Cruz y de la espada del conquistador, sino de la mano humilde de un venezolano ilustre que quiso sembrar un pueblo que el futuro había mostrar al país la fuente de su riqueza con el descubrimiento del oro negro que ha sido y es el pedestal del engrandecimiento material de la República, pero que, por una rara paradoja, ha detenido la fuerza de los brazos que arrancaban a la tierra los frutos vitales para la permanente y firme prosperidad.

Todos los pueblos de Venezuela, desde los más desarrollados hasta los más pequeños y humildes, forman la gran patria del Libertador, la patria que él tanto amó y a la que siempre perdonó las veleidades de sus ductores, la patria que hoy ostenta la grandeza de su nombre, la patria que él quiso que llevara la voz de la solidaridad en el Congreso Anfictiónico de Panamá, y que después de ciento cincuenta años de luchas, de revoluciones y asonadas, de guerras prolongadas y cruentas para lograr la integración federativa, se presenta hoy ante el mundo rica y poderosa por la explotación de los inmensos tesoros que encierra su territorio, pero todavía vacilante en el laberinto de las ideologías y con algunos harapos que resaltan en el esplendor de su poderío.

Hermoso el espectáculo que hoy exhibe Rubio al conmemorar este sesquicentenario. En su radiante Plaza Mayor, frente a la Iglesia tradicional, hoy espléndidamente reconstruida, ha de quedar enredado en sus más bellas tradiciones, el recuerdo de sus blancas torres donde nuestras manos adolescentes echaron al vuelo las campanas para saludar el alba o para despedir el día con el romántico toque de oración.